

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), Vol. XXIX, núms. 3 y 4, pp. 161-165

BOYER, ERNEST L. *Una propuesta para la educación superior del futuro*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, Fondo de Cultura Económica, 1997, 163 pp.

La obra constituye un referente para el debate en torno a la educación superior en México y latinoamérica, y ofrece un análisis acerca del trabajo académico, acompañado de varias propuestas que pretenden enriquecer y hacer flexible dicha labor, mejorar la calidad de sus funciones y transmitir la importancia y reconocimiento que requiere la enseñanza en el nivel de licenciatura.

Contiene siete capítulos que en su conjunto integran un informe de trabajo, precedido por una breve nota introductoria de Manuel Gil Antón. Entre sus fuentes destaca la encuesta nacional de profesores de 1989, cuyos datos son cruciales para el desarrollo de la investigación en torno a la opinión de los docentes universitarios sobre sus funciones. El resto son estudios afines realizados en diferentes universidades estadounidenses, así como anteriores obras del mismo autor.

El conjunto del libro es de gran interés tanto para los especialistas del sistema educativo —más concretamente de la educación superior—, como para académicos, estudiantes y público en general que desee encontrar algunas claves de la situación universitaria en la actualidad.

La Fundación Carnegie para el Mejoramiento de la Docencia es una institución dedicada al descubrimiento de los problemas de la educación superior en Estados Unidos. Por este motivo ha elaborado el presente informe, a partir del cual su presidente, Ernest L. Boyer, nos ofrece sus propuestas para el mejoramiento del desempeño de la actividad académica. Para ello retoma algunas reflexiones de su libro *College: The Undegraduate Experience in America (Los Colegios: la experiencia de los estudios de pregrado en los Estados Unidos)*, considerando que el reto de este estudio, publicado en

1987, era definir las funciones del personal académico para mejorar la calidad de vida de las instituciones universitarias.

A lo largo de la obra Boyer reflexiona en torno al papel del docente dentro de cada centro de educación superior y analiza los desafíos que debe enfrentar con respecto a las demandas sociales. Con ello pretende definir el trabajo académico con la finalidad de que éste responda a las demandas y retos sociales, dentro y fuera de los centros universitarios. Por este motivo ofrece una breve contextualización histórica sobre la labor de la academia, remontándose a sus orígenes en los colegios coloniales, hasta llegar al análisis de las propuestas que se están desarrollando en diferentes *campus* estadounidenses.

El autor lleva a cabo una investigación sobre las prácticas en el sistema de evaluación, reconocimiento y estímulo de los académicos frente a sus actividades profesionales. Con esta indagación pretende dar un buen servicio a los estudiantes a través de sus propuestas de trabajo científico y docente. Fruto de la interpretación, señala que las normas de labor de la academia son restrictivas, y que las prioridades de las instituciones de educación superior se encuentran más en imitar las instituciones ya consolidadas, que en diferenciarse por la demarcación de sus propios objetivos y métodos de desarrollo. Como consecuencia de ello, los centros de estudios y universidades se evalúan a sí mismos de acuerdo con la posición externa que ocupan y no a partir de los valores que determinan su propia meta singular. La enseñanza en la educación superior, de este modo, no se ve recompensada del todo, ya que los estímulos se centran en las actividades de investigación y en la publicación de resultados.

En respuesta a este diagnóstico, expone unas propuestas de acción y presenta un panorama más amplio del trabajo académico, explicando las ventajas que para éste supondría la aplicación equilibrada de cuatro modalidades de actividad científica y docente, en contra de la tendencia a reducirla prácticamente a la investigación, en detrimento de otras funciones importantes. Estas modalidades no se presentan aisladas; entre ellas hay puntos en común y es el académico quien, a lo largo de su trayectoria profesional, decide la evolución de su trabajo con la posibilidad de seleccionar entre la diversidad que se le ofrece.

En el primer capítulo "El trabajo académico a lo largo del tiempo", Boyer nos ofrece un análisis histórico de la evolución de la educación superior en Estados Unidos desde sus orígenes, hace más de 350 años, hasta la actualidad. Describe de qué manera los objetivos de las universidades aumentaron y se diversificaron, así como el papel del académico como respuesta a la demanda social.

En esta visión histórica, el autor destaca las tres fases por las que ha evolucionado la universidad con el correr del tiempo, explicando cómo se pasó de la enseñanza al servicio y de ahí a la investigación. La actividad académica venía definida como un equilibrio entre la actividad docente y la investigación, sin embargo, esta última obtuvo el triunfo, lo que afectó a la enseñanza en el nivel de licenciatura. Asimismo, nos expone aquellas variables que considera importantes en la evolución histórica de la educación superior, como son el pragmatismo, el servicio a la comunidad democrática y el vínculo entre universidad y Estado.

Para Boyer la universidad es una entidad viva, que evoluciona y por ello considera que en estos momentos se requiere una nueva visión de las labores propias del académico y, consecuentemente, aclarar los cometidos de la institución científica con la finalidad de vincularlos con la realidad de la vida contemporánea.

En el segundo capítulo, "Ampliando la perspectiva", podemos comprender de qué manera se exige a los académicos la integración de tres funciones: enseñar, dar servicio e investigar; sin embargo, es esta última la que obtiene el mayor reconocimiento, pese a que provoca una fragmentación entre el trabajo ideal del académico y la realidad de la vida docente. Por esta razón, cuando se evalúa el desempeño profesional, rara vez se atribuye el mismo reconocimiento a las tres funciones. En respuesta a esta situación, propone una visión más dinámica y flexible de las labores del académico, dándole un significado más amplio a través del ejercicio de cuatro funciones:

1. El *trabajo académico de descubrimiento* parte del supuesto de que hay que fortalecer la investigación, no viceversa. Desde este supuesto, desarrolla un análisis acerca de la importancia de la investigación en Estados Unidos.
2. El *trabajo académico de integración*, relacionado estrechamente con la función anterior. Sostiene que a través de la interpretación se podrán transmitir las investigaciones a patrones intelectuales más extensos y establecer relaciones entre las disciplinas. Propone que la academia preste más atención a esta función.
3. El *trabajo académico de aplicación*, como el desarrollo de las actividades de servicio vinculadas a las corrientes del conocimiento del profesorado, de manera que la teoría y la práctica interactúan vitalmente y una renueva a la otra.
4. Finalmente, define su concepción del *trabajo académico de la enseñanza*, presentándolo como la forma en la que el académico es comprendido por los demás. Además, expone cuáles son las finalidades de la enseñanza y la aplicación de los procedimientos pedagógicos.

Estas cuatro funciones académicas están ligadas entre sí e interactúan de manera dinámica, conformando un todo interdependiente en el que el docente distribuye sus funciones. A pesar de esto, es indudable que la enseñanza muestra un papel protagónico a lo largo de la obra.

En "El cuerpo docente: un mosaico de talentos", título correspondiente al tercer capítulo, el autor se apoya en los resultados de la encuesta nacional de profesores de 1989 para diagnosticar que el 60% de los académicos opina que debe priorizarse la eficiencia de la enseñanza, en lugar de la publicación. Este diagnóstico contradice totalmente a la dinámica general que se está dando en los centros de educación superior, donde se aplican mayores estímulos y reconocimientos a la investigación y la publicación. La interpretación que nos ofrece es que la evaluación aplicada a la investigación y su posterior publicación es más fácil, en tanto que es una evaluación cuantitativa y no cualitativa.

A pesar de que se espera que los profesores impartan una educación de calidad, no existe una evaluación enfocada a este aspecto. Por este motivo, propone la creación de una evaluación que amplíe la perspectiva de la labor académica, mejorando el sistema de reconocimientos y estímulos del docente, a través de la autoevaluación, la evaluación de colegios y la evaluación de los estudiantes.

El cuarto capítulo, "El contrato de creatividad", en una primera instancia parece reiterativo, ya que retoma las ideas anteriormente expuestas, para presentar los argumentos de por qué es necesaria la aplicación de la flexibilidad en la actividad docente.

En segunda instancia afirma que el contrato de creatividad consiste precisamente en que en la carrera profesional de un profesor se pueda intercalar las cuatro funciones anteriormente expuestas. Propone que las expectativas y evaluaciones de los profesores se amplíen, sean individualizadas y continuas. La clave está en mantener el contrato de creatividad para cumplir la productividad.

En el quinto capítulo, "El recinto universitario: diversidad con dignidad", Ernest Boyer expone cómo se han ido creando *campus* nuevos a lo largo de Estados Unidos, en los cuales domina un modelo único de trabajo académico y, como consecuencia, las instituciones han tenido una tendencia imitadora en lugar de distintiva, con la intención de obtener prestigio. Han decaído, de este modo, actividades como la creación de nuevos programas, la promoción de los programas de estudio y trabajo, la adopción de organizaciones innovadoras respecto al alojamiento y el aprendizaje y la evaluación imaginativa del programa de pregrado. Propone que los centros se caractericen por su singularidad, marcando sus propios objetivos y creando un

programa de estímulos apropiado para los académicos de cada institución. Finalmente, describe las repercusiones que tendría la aplicación de las propuestas presentadas tanto en nivel personal como institucional.

En el sexto capítulo, “Una nueva generación de académicos” propone, como el título ya indica, una nueva generación de académicos marcada por el acceso de un profesorado procedente de minorías étnicas, como medida para la mejor inserción y aceptación de las minorías étnicas en pre y posgrado, lo que permitirá la diversidad en la comunidad universitaria.

Finalmente encontramos en el séptimo capítulo, “El trabajo académico y la comunidad”, una síntesis y recuento de las propuestas presentadas a lo largo del trabajo, donde Boyer refuerza los planteamientos ya expuestos.

El libro es una obra de gran interés para investigadores e interesados en la dinámica de la educación superior, no sólo porque nos ofrece un panorama histórico y un análisis de la situación actual de la labor académica y su entorno de trabajo en Estados Unidos, sino porque presenta propuestas de acción para garantizar la calidad del desarrollo científico y docente y, consecuentemente, de la educación superior. Sus propuestas no están muy alejadas de la realidad mexicana, por lo que se pueden tomar como elementos de reflexión en torno a la situación de la universidad latinoamericana.

Publicado por primera vez en 1990, fue traducido al español por Susana Fredín en 1997, siendo ésta la primera edición en español por la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco y el Fondo de Cultura Económica, lo que implica que sea un trabajo de fácil acceso al público latinoamericano en su conjunto.

Rosario Vega García

